

Recuérdame

Autora

Lucía Ramos Pérez

Primer Premio

Categoría A • 14-18 AÑOS

2021

Autora

Lucía Ramos Pérez

Asturias, 2004

Actualmente está cursando 2º Bachiller.

Mantiene su pasión por la escritura desde los 11 años y su afición a la lectura, intentando leerse los clásicos. Tiene en su haber varios premios, el primer premio de La Mar de Ciencia, convocado por el CSIC a nivel nacional, primer y segundo premio en distintos años de Los Cascaos, convocado por el Grupo Cultural Los Cascaos a nivel regional o primer premio de Navactúa, convocado por el ayuntamiento de Nava, a nivel nacional. Espera ejercer como psicóloga en un futuro. La mente y las letras son su gran pasión.

RECUÉRDAME

Lucía Ramos Pérez

Hace tiempo que él ya no participa en sus conversaciones, que ni siquiera le dirigen la palabra. Será porque ha hecho algo que les ha enfadado, como cuando yo rompo algo y me riñen, después, pasan unas horas sin hablarme, que, aun así, yo permanezco a su lado. Pues eso, que algo muy grave ha debido de hacer como para que lleven días sin si quiera mirarle. Cuando se sientan a la mesa, él me acompaña, no se sienta con ellas, yo siempre miro desde el suelo y me acerco a quien es más probable que me dé algo, espero ansioso algún trozo de queso, incluso me conformo con un cacho de pan. Él, sin embargo, las mira atentamente, sin perder detalle, en vez de mendigar comida, mendiga atención.

Sí que es verdad, que antes de esto, hubo unos días que estuvo ausente, cuando entraba en casa impaciente por saludar a todos me faltaba él. Esperaba unos minutos a que saliera del baño, o que por casualidad llegara de comprar algo. Me extrañaba su ausencia, ya que traspasar la puerta de aquello hogar iba de la mano con sus interminables contemplaciones. Esto ya no sé si son imaginaciones mías o no, pero ellos, cuando le buscaba, me miraban con cara de pena, como apiadándose de mi ignorancia. Aquellos días en los

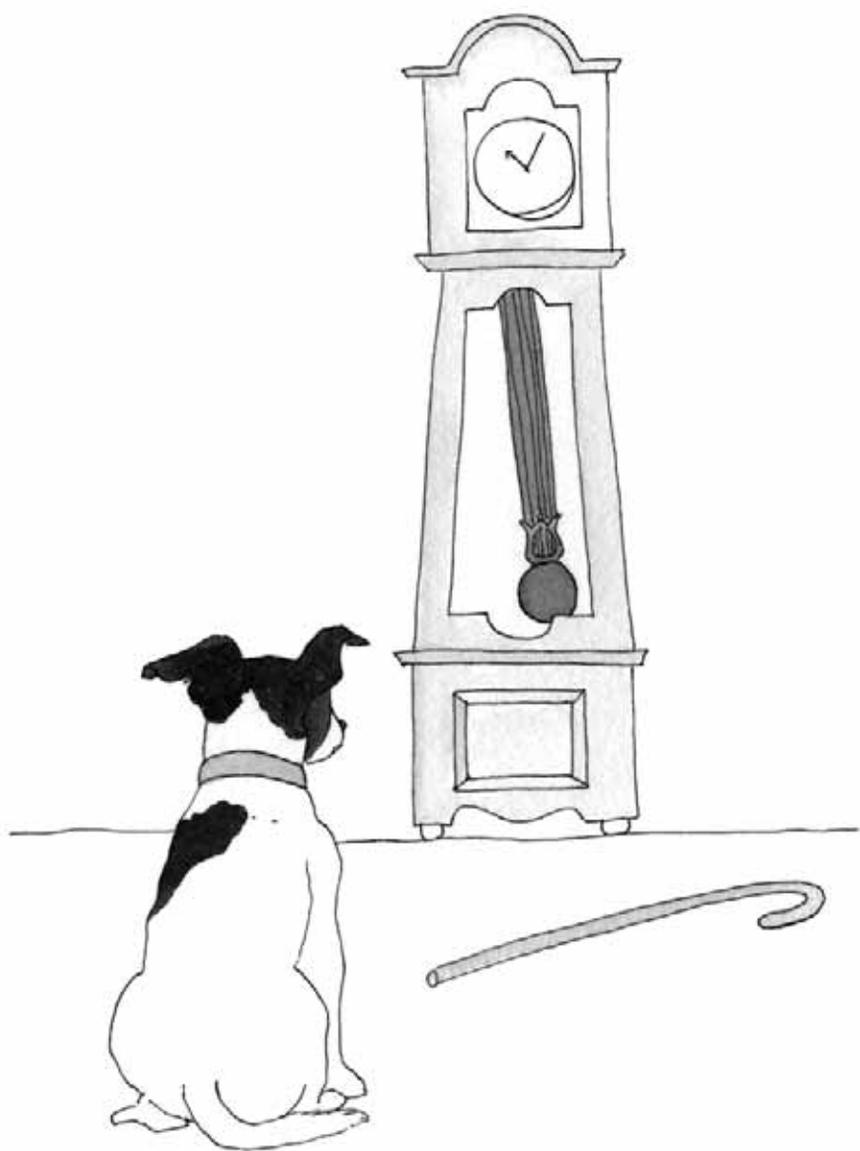
que le echaba de menos, el ambiente caía pesado sobre la casa, era de suponer, que la inquilina que la habitaba, veía como las noches se alargaban haciendo parecer que su fin no llegaba nunca. Aquel periodo de tiempo no duró más de tres semanas, cuando transcurrieron, volvió y ya no le hablaban. Así hasta ahora.

Desde que existo y visito estas cuatro paredes, nunca antes había habido tantas llamadas ni había venido tanta gente. A pesar de que ni una esquina se librara de lo que a mí me parecía tristeza, multitud de personas no paraban de entrar y salir, llamar al teléfono, picar al timbre o pasar la tarde allí. Era como un antes y un después muy claro, y yo, desconocía la razón de este. Sin ir más lejos, la semana pasada, nos visitó una señora que no paraba de consolar a los componentes de esta familia. Decía cosas tales como “se trata de pasarlo” o “lo mejor es que no sufrió”.

Quizá sea mi condición la culpable de que no me cuenten lo que sucede. Intenté por todas las maneras todo para enterarme de algo, incluso acercarme a él para dirigirle una mirada en tono interrogativa con el fin de que me arrojara algo de luz sobre el asunto, sin embargo, para variar, se limitaba a permanecer callado y como de costumbre, a observar lo que ocurría alrededor. Era un permanente espectador, alguien que observa una obra de teatro y se ve incapacitado de participar en ella.

Ya no es como antes, nada es como antes, es decir, yo sigo saliendo a pasear, sigo jugando a la pelota, pero los que me dan de comer, o me lanzan los juguetes, ya no son los mismos. El color de su cara se asemeja mucho al de la tristeza. ¿Tanto les cuesta dejar su orgullo atrás? Él ni siquiera me consiente como lo hacía antes, creo que es quien más afectado se ve ante el misterio que ronda este piso. Igual es que le da miedo empeorar las cosas, que se enfaden más con él, o incluso que le dejen en una habitación encerrado como a mí cuando me porto mal. Están más serios, el supuesto enfado les impide sonreír a menudo.

Hubo un día en que casi me entero de lo sucedido. Estaba yo entrando en el portal, cuando oí como él decía mi nombre, enseguida



miré hacia atrás voraz por saludarle, impaciente por llevarle a casa para ver como todo se había arreglado. Iluso de mí, porque al parecer seguían sin querer hacerle caso, ya que cuando intenté acercarme a él, tiraron de la correa y me obligaron a seguir hacia delante. “¿Qué hay?” me preguntaban, ¿cuánto más van a seguir ignorándole y forzándome a mí a hacerlo? Él se quedó allí plantado viendo como cruzábamos la esquina. Quizás era hora de dejarle atrás. Me negaba.

Al día siguiente de eso, hicieron una reunión en la cocina en la que estuvieron viendo fotografías. Que si esto fue en la fiesta de Argüelles, que si aquí ya había conocido a Germán, que si este día habíamos ido de boda, y un largo etcétera de situaciones con muchos años de antigüedad. De un momento a otro, sacaron una foto suya, y él, que había estado todo el tiempo observando desde una esquina cercana a la puerta, se acercó a contemplarse a sí mismo. El silencio se hizo, era como si se arrepintieran de haberse enfadado, sin embargo, se mantuvieron sin perdonarle o aceptarle de nuevo en sus conversaciones y nuevas reuniones. Vi como algunas lágrimas brotaban de los ojos de los que estaban mirando las fotos y, también vi como él ansiaba sentarse en la mesa para volver a lo de antes y por consiguiente recuperar su lugar en aquella familia. Aquella cabecera vacía pedía a gritos volver a ser ocupada por su presencia.

Sigo pensando en que ser perro es lo que me está impidiendo entender su comportamiento, a veces los humanos resultan un poco orgullosos y complicados de tratar. De vez en cuando, se enfadan conmigo cuando hago algo con buena intención, otras veces se dejan de hablar entre ellos por el mismo motivo, por lo de las buenas intenciones, quiero decir. En pocas ocasiones se sientan a hablar las cosas, bueno, mejor dicho, en pocas ocasiones se limitan a escuchar en vez de a hablar. Así es como le están tratando, prefieren darle de lado antes que escuchar los motivos por los cuales hizo ese algo que les ha molestado tanto.

Hoy me he limitado a seguirle por la casa para ver si averiguaba algo por mí mismo. Nada más entrar a primera hora por la puerta lo primero que hice fue buscarle. Los que ya estaban en casa cuando

llegué, me preguntaron que por qué no les saludaba, que si estaba enfadado, a lo que yo pensé, ¿por qué no les hablan ellos a él? Nada que haya podido hacer es tan caro como le están haciendo pagar. Crucé el pasillo con rapidez, entré en la cocina hasta alcanzar la angosta despensa y examinarla con exactitud, más tarde di una vuelta por el salón hasta que finalmente di con él en una de las habitaciones. Estaba sentado en una cama, tenía sus dos manos apoyadas sobre el bastón y sobre ellas su arrugado mentón. Miraba hacia arriba, me di cuenta de que observaba una foto suya de su boda. En una genérica comparación de la foto y él actualmente, pude ver como el paso de los años había teñido su pelo de gris, además de haberse tomado el lujo de estirar y encoger su cara formando unos pronunciados surcos entre sus facciones. Me acerqué sin quitarle los ojos de encima, no quería perder detalle por si estos podían revelarme algo. Estaba apagado, confuso, y a la vez, notaba como que había rejuvenecido, de energía, pero no de aspecto. Me subí a la cama y me aproximé hasta sentarme a menos de 10 centímetros de él. Supuse, gracias a su infinito silencio, que se había cansado de buscar el perdón de los suyos, de implorar, como hago yo continuamente, un sitio en la mesa.

Se levantó dificultosamente y se dirigió al salón. Al pasar al lado de la cocina ni siquiera quiso averiguar con una mirada quién ocupaba cada lugar en la mesa. Alcanzó su objetivo, el reloj, lo observó durante diez largos segundos y seguido lo abrió. Sus arrugadas manos agarraron las cadenas pertenecientes a este, después, tiraron, de manera indecisa, de ellas hacia abajo dándole así, cuerda al reloj. El reconocible “tic-tac” nos envolvió haciéndonos obviar el murmullo procedente de la única sala de la casa ocupada por la presencia de los invitados. Me quedé sentado al lado de sus pies vestidos por zapatillas de cuadros observando cómo se movían las agujas del fiel medidor de tiempo. Éramos dignos de enmarcar. Mientras, los demás entraban en fila, con cara de desconcierto al salón, y yo, sin enterarme, estaba hipnotizado y dispuesto a defenderle ante cualquier riña que pudiera recibir por parte de los nuevos en la sala. Admiré perplejo la

situación, aquellos que yo pensaba que estaban enfadados rompían a llorar mientras se acercaban al reloj ahora en funcionamiento, a la vez que se preguntaban quién podía haber puesto en hora el aparato, ¿pero, acaso no le veían plantado junto a mí? En algunos rostros vi consuelo, en otros, miedo y en otros, confusión. No obstante, en ninguna vislumbé arrepentimiento, brillaba por su ausencia.

Enseguida dirigí la mirada hacia un espejo próximo a mí, la imagen me asombró, a mi lado, no había nadie.

Leyre.